

Ma. Isabel Marín Tello, *Descendientes de conquistadores y primeros pobladores con nombramiento de alcaldes mayores de Michoacán 1584-1603*, Morelia, Editorial Morevalladolid, 2017, 127 pp.

Ángel Alejandro Martínez Jiménez
angelmtz_sw@hotmail.com
Universidad de Guadalajara

Fecha de Recepción: 14 -febrero-2018

Fecha de Aceptación: 02-abril-2018

Toda investigación, por más pequeña que parezca, no es sino la puerta de una habitación secreta. Las hay que conducen a lo largo de corredores desconocidos, otras que al abrirse van a dar a suntuosos pasillos. Los salones de la historia están unidos por muchas puertas, algunas ya transitadas y otras ocasionalmente abiertas, pero todas en espera para que el historiador se tope con ellas.

Así, la historiadora Marín Tello nos conduce por los grandes salones del palacio virreinal, y en ellos introduce al virrey y a la real Audiencia. Pero, además como investigadora ha podido acceder también a los salones privados del virrey, discretamente conectados entre sí, descubriendo de este modo una red de clientelas al servicio de él y del rey. Fieles a la Corona, quienes fueron privilegiados con la pertenencia a este grupo selecto, ocuparon los puestos desde los cuales sirvieron, y se sirvieron, con el argumento de ser descendientes de conquistadores y primeros pobladores.

Don Carlos de Luna y Arellano, Don Rodrigo de Vivero y Aberruza, Don Fernando Sotelo y Moctezuma, Don Bernardino Vázquez Tapia y el Dr. Don Fernando de Villegas y Peralta son sólo los cinco más importantes personajes de quienes la historiadora Ma. Isabel Marín Tello se valió para acceder al círculo de funcionarios cercanos al virrey, en tiempos de don Luis de Velasco el Joven y del Conde de Monterrey, a través de la puerta que ella encontró en la alcaldía mayor de Michoacán. Con suficiente experiencia tocando distintas puertas de este enorme palacio virreinal, Marín Tello se abre paso en su investigación por los archivos y bibliotecas de reconocidas instituciones, donde se ha topado con gente que, como ella, viven de su curiosidad por los inexplorados salones de la historia, a quienes agradece su apoyo en la creación de este su último libro, el cual me dispongo a reseñar tras haberlo leído, luego de adquirirlo de manos de su autora.

Hace mucho tiempo, partiendo de su investigación sobre la Intendencia de Michoacán y el periodo de las reformas borbónicas, Isabel Marín decidió comenzar una nueva aventura y mirar cómo era la institución michoacana del gobierno regional, a principios del periodo colonial. Así fue que se interesó por el tema de la alcaldía mayor y particularmente por don José Antonio de Riaño y Bárcenas, último corregidor y alcalde mayor de la alcaldía de Michoacán, espacio que en la actualidad corresponde al centro del estado de Michoacán, y que va desde la sierra de Uruapan hasta el lago Cuitzeo, y desde Tacámbaro en el sur hasta el río Santiago en el norte (la región se encuentra bien delimitada en el mapa 3 del libro). Entonces se preguntó: “¿Y por qué no comenzar con el origen de la institución y buscar a los primeros alcaldes?”. Saber quiénes eran los personajes y cómo habían llegado al poder fue lo que la motivó a emprender su más reciente aventura, tal y cómo lo platica en la introducción de su libro.

Comenzaron a surgir nombres y más nombres, todos los que ella pudo asociar con el nombramiento de alcalde mayor de Michoacán; nombramiento por demás muy breve, ya que quienes lo ejercían no ocupaban el cargo más de uno o tres años. Aparece el problema de limitar el estudio y enfocarlo a un tema que pueda resultar interesante. Entonces la autora observa que la mayoría de estos alcaldes tienen algo en común, son descendientes de conquistadores y primeros pobladores. De ese modo, aparecieron más preguntas relacionadas con el papel de la alcaldía mayor en su función de gobierno, con las mercedes reales y con la importancia del linaje y una buena reputación para pedir el cargo de alcalde; con el surgimiento de las alcaldías en tiempos de Antonio de Mendoza y Luis de Velasco el Viejo, al igual que con los cinco hombres principales que ocuparon este puesto, entre 1584 y 1603.

El objetivo del trabajo es bastante claro, pretende explicar *cómo se hacían los nombramientos de los funcionarios reales y hasta cuándo se pudo sustentar la instrucción de privilegiar a los descendientes de conquistadores y primeros pobladores*. Además, la autora nos transporta a este mundo de los nobles novohispanos, del virrey de aquellos años y de su clientela, invitándonos a la reflexión en torno a “los valores de la época, la necesidad del reconocimiento social, el honor y el prestigio dentro del ámbito en que se movían”, así como otros temas de la aristocracia como el poder, la riqueza, la familia y los méritos de quienes sentaron las bases del imperio español en estas nuevas tierras.

El libro cuenta con 127 páginas y se divide en tres capítulos: el primero *La importancia de una alcaldía mayor* contextualiza el cargo de alcalde mayor, tratando de explicarnos en qué consistía el puesto, así como los motivos de su creación; el segundo *Los virreyes frente a las demandas de privilegios reales* trata de ese salón privado que poseía el virrey de la Nueva España, a través del cual muchos hombres de renombre pretendían valerse del servicio a la Corona; y el tercero *Un grupo especial: descendientes de conquistadores nombrados alcaldes mayores de Michoacán* profundiza en estos cinco personajes por medio de los cuales se busca entender mejor cómo funcionaban la aristocracia novohispana y los puestos de gobierno como el de alcalde mayor. En pocas palabras, el capítulo primero define el contexto, el segundo plantea el problema y el tercero propone una solución. Así, en los párrafos siguientes, trataré de sintetizar lo que es el cuerpo de este libro.

El primer capítulo inicia dando el contexto histórico y geográfico de la alcaldía de Michoacán, relacionándolo también al del obispado de Michoacán y su posición entre las ciudades de Guadalajara y México. Así mismo enfatiza en la historia política de dicha región, dividida entre las ciudades de Pátzcuaro y Valladolid, ya que resulta fundamental para entender la transición de reino a alcaldía, de un territorio ganado por los conquistadores a uno reclamado por la Corona y administrado por la Audiencia.

Por otro lado, también se introduce a lo que fue el cargo de alcalde mayor, jefe de un gobierno regional dividido en tenientazgos que abarcaban más allá de la ciudad capital; el primer peldaño en la escala de poder imperial, el gobernante más cercano al pueblo y a la vez con mayor voz en la Audiencia, a veces incluso con una voz privilegiada a oídos del virrey. Por lo común en el imperio español, el virrey y sus allegados no conformaban una corte “real”, no eran verdaderos nobles con poder, a comparación de aquellos que radicaban en Madrid. Pero en contadas ocasiones, durante el reinado de Felipe III, coincidió que había un rey poco activo y un virrey muy vivo, como Luis de Velasco el Joven. Precisamente en este tiempo fue que se dio el mayor número de nombramientos con títulos nobiliarios y cargos de poco peso en el gobierno, pero de mucho prestigio para los orgullosos descendientes de conquistadores y primeros pobladores.

Aunque por encima de los corregidores, el alcalde mayor seguía siendo el último funcionario importante de la Corona, pero aún pieza clave en la sociedad y economía del

gobierno local, representante de la hacienda y, junto con el cura, vigilante del orden, la moral y las buenas costumbres. Del mismo modo el alcalde era responsable de la evangelización de los indios, así como el administrador de los mismos; a través de él se enviaban peticiones de mercedes al virrey, quien repartía la mano de obra indígena según las necesidades de que le informaba el alcalde. Quien comparta mi visión, pudiera para entender mejor a este funcionario público, imaginárselo como un virrey chiquito, poderoso a nivel regional tan sólo por su cercanía con el pueblo, pero subordinado al verdadero poder que le viene de una esfera más alta; una especie de encomendero sujeto por entero a la Corona española.

El primer capítulo termina explicando cómo fue la desaparición de este puesto en el gobierno y de cómo el virrey ya no sería quien, por medio de sus clientelas, decidiera quiénes ocuparían cargos como el de alcalde mayor. Sumándose al debate que ya existía en torno a esta figura y sus constantes conflictos con el señor cura; en 1640 llega Juan de Palafox con nuevas ideas y, en 1678 con base en ellas se hace una reforma respecto al tema de los nombramientos, para que ahora sea el rey y no el virrey quien a través del Consejo de Indias nombrase a sus funcionarios de gobierno. De ser un privilegio no vendible ni renunciable, otorgado como merced real a distinguidos descendientes de conquistadores y primeros pobladores, la alcaldía mayor de Michoacán se convirtió en un oficio a través del beneficio. Pero a finales del siglo XVI y principios del XVII ser alcalde mayor era más que un trabajo bien remunerado, un premio. No pocos fueron los hombres que, con intención de ennoblecerse, solicitaron al virrey incontables mercedes, situación que es tratada por Isabel Marín en su segundo capítulo.

Comenzando por describir la relación de la Corona con los conquistadores y toda su descendencia, la autora nos introduce a este mundo de ennoblecidos, de hidalgos que quieren ser más que eso, de títulos nobiliarios, de mercedes reales y demás que, hasta 1542 no había podido regularse para los colonizadores de la Nueva España. Fue luego de las conocidas como “Leyes Nuevas” que se pretendió poner lineamientos para resolver problemas delicados como las encomiendas y mercedes. Entonces el virrey era quien, a nombre del rey, podía responder a tantas peticiones como el rey no se diera abasto. Después en 1543, un agregado a las Leyes Nuevas declaró que los hijos de conquistadores sí podían tener privilegios al solicitar mercedes reales, por lo que una cómoda costumbre comenzó a

gestarse entre el virrey y estos primeros novohispanos de renombre, que al momento de hacer nombramientos como el de los alcaldes mayores, serían privilegiados los descendientes de conquistadores y primeros pobladores, es decir, aquellos llegados entre 1520 y 1530. Tales nombramientos entonces dependían sólo del virrey, no de la Audiencia, por lo que fue muy común que no bastaran los méritos militares o el prestigio familiar de quien solicitase un puesto importante, sino también una buena y cercana relación con el virrey. Naturalmente, esto produjo inconformidades.

A la rebelión del Marqués del Valle, Martín Cortés, la autora Marín Tello le dedica un apartado especial; un acierto importante al tratar de explicarnos la situación de los ennoblecidos en esta sociedad neo-feudal. Con una novelesca narrativa, aunque no por ello tan clara como para recordar todos los hechos sin conocer primero a los personajes, el alzamiento en armas de Martín Cortés y Alonso de Ávila representa perfectamente hasta qué punto había inconformidades con el gobierno de “hechuras” que encabezaba don Luis de Velasco el Joven y cómo, desde entonces, hubo quienes protestaran contra la apropiación de la Corona de estas tierras novohispanas, donde más derecho tenían de gobernarlas los conquistadores que las ganaron por el fuego y la espada; y si Martín Cortés hubiera sido todavía peor que el rey, no lo sabemos puesto que la rebelión fracasó.

También se habla de otros personajes más bien conformes, como el Conde de Monterrey que sucedería a Velasco y más tarde fue nombrado también virrey del Perú, o el Marqués de Montesclaros con sus minas y encomiendas, así como de otros muchos nuevos nobles y ricos, beneficiados siempre por virreyes instruidos en privilegiar a los descendientes de conquistadores y primeros pobladores. Así llegamos al tercer capítulo del libro, donde con más detalle se hablará de cinco hombres que, por demás mencionados, sería bueno recordar: Carlos de Luna y Arellano, Fernando Sotelo y Moctezuma, Rodrigo de Vivero y Aberruza, Bernardino Vázquez Tapia y el Dr. Fernando de Villegas y Peralta.

El primero de este grupo, don Carlos de Luna, fue concuño del mismísimo virrey, don Luis de Velasco el Joven, por no traer a colación su larga trayectoria política y su profunda relación con los Velasco (la una causa de la otra y viceversa), que le valieron el cargo de alcalde mayor de Michoacán entre otros. El segundo, Sotelo y Moctezuma, fue descendiente de conquistador y emparentado con la realeza indígena, además del único alcalde mayor (de los cinco biografiados) con residencia permanente en Valladolid, lo cual

es de destacarse porque la mayoría ni siquiera vivían en Michoacán siendo alcaldes. El tercero, Rodrigo de Vivero, sobrino de Luis de Velasco el Joven, también tuvo una prolífica carrera política y militar, pero de los cinco es quizás el más documentado por haber ocupado cargos tan importantes como los tuvo en la Audiencia de las Filipinas y en la de Panamá, además de ser nombrado primer Conde del Valle de Orizaba. El cuarto de la lista es Bernardino Vázquez Tapia, hijo del conquistador del mismo nombre y uno de los más ricos encomenderos de la región. Y el último, pero no menos importante, es el Dr. Fernando Villegas, nieto del conquistador Francisco Villegas, notable encomendero de Uruapan y por demás rector de la Real y Pontificia Universidad de México en la década de 1610.

A todos ellos se les suman otros nombres de hombres y mujeres pertenecientes a esta pequeña corte virreinal, en su mayoría ligados de un modo u otro a don Luis de Velasco el Joven y toda su familia. Nombres tan principescos como “Tristán” y “Leonor” y títulos nobiliarios como los de “Marqués” y “Conde”, por no mencionar a otros más comunes como Alonso e Isabel, o apellidos tales como de Mendoza, de Castilla, de la Cueva o de Mauleón. Uno al leer estas páginas sobre la familia y la vida cotidiana de estos personajes principales, siente que se trata de una larga y añeja historia con cierto aire medieval, una complicada red de nobilísimas “hechuras” y clientelas del virrey, de caballeros notables, de afamadas damas, de matrimonios por conveniencia, de idilios amorosos, de intrigas, conspiraciones, aventuras, encuentros fortuitos, celos, venganza, guerras, cruzadas, conquistas, entre otras cosas. Y ¡todo en por la riqueza y el honor, a nombre del rey y de Dios!

Pero no, a veces (como en este que es mi caso) es más la confusión que la emoción de la lectura lo que nos hace sumergirnos en este mundo de ensoñaciones; a veces hace falta estar medio despierto para que la imaginación complete lo que conscientemente no entendemos. Lo cierto es que no es trabajo fácil seguirle la pista a todos los personajes que van apareciendo, mucho menos debió haberlo sido el investigarlos para tratar de reconstruir su historia; he ahí el mérito de Isabel Marín en ello. Sin embargo, aunque al hablar de todos estos personajes pareciera que el libro abordase el tema de un modo más tradicional (en el sentido positivista, no muy diferente a las historias genealógicas de nobles y aristócratas), desde el inicio de la obra queda claro que su objetivo no lo es tanto el reconstruir las

biografías de los alcaldes mayores de Michoacán, sino explicar cuál era el papel de la alcaldía mayor en el primer siglo del periodo colonial, así como preguntarse cómo era eso que podríamos entender por una “nobleza novohispana” y tratar de comprender el significado de ciertas palabras que, bien o mal, entonces cobraban otro sentido para los descendientes de conquistadores y primeros pobladores: honor, linaje, prestigio y matrimonio, en un mundo en que las armas, las letras y el oro lograban ennoblecer a quien fuera un hombre digno.

Para terminar, Ma. Isabel Marín Tello comparte sus consideraciones finales, sus propias conclusiones con respecto al trabajo realizado y lo que aún queda pendiente profundizar en el futuro; más de alguno estará a la espera de ver qué más dice, ahora sobre el papel de las mujeres en estas redes clientelares, en la ambiciosa sociedad novohispana de descendientes de españoles y primeros pobladores.